

Benito Lopez Ruano

DIRECTOR

SUSCRIPCIÓN

Al mes 0'50 céntimos.

LA TERTULIA

Juan M.^a Marín

ADMINISTRADOR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Puigcerver 14.

SEMANARIO DE CIENCIAS LITERATURA E INFORMACIÓN

LA SEMANA SANTA EN CIEZA

LA SEMANA SANTA

Comprende los siete días más grandes del año. Quinientos millones de cristianos extendidos por todo el globo, se postran ante ella para adorarla; y desde todos los puntos de la tierra, se elevan fervientes oraciones á los Cielos, en recuerdo del hecho más sublime y memorable de la historia

es la del Juicio Final. La descripción que de él hacen los Evangelistas es majestuosa, sublime, aterradora. Leyendo aquellos versículos el alma se postra y teme, y ansía estar, en aquel día, á la derecha del Supremo Juez entre los escogidos para su Reino.

Día feliz en que todos los Abeles triunfarán de todos los Caines, y la virtud se asentará resplandeciente en su trono de Gloria vencedora de todas las miserias y de todos los dolores de la vida.

Jesús les dá á todos sabios consejos acerca de cómo han de obrar en el mundo; les prodiga consuelos para fortalecer sus almas en la triste soledad en que los vá á dejar, y pronuncia aquellas sublimes palabras que tan arrogante prueba dan de su divinidad: *Mi paz os dejo, mi paz os doy, no la que ofrece el mundo, sino la paz eterna que mora en el Reino Bendito de mi Padre. Amaos los unos á los otros como yo os he amado. Si el mun-*

El MIÉRCOLES SANTO recuerda al Sinedrin judáico reunido para juzgar y condenar á Jesús y concertar con Judas, el mal apóstol, la venta y entrega de aquel. El debate en que se discurrió la infame sentencia fué muy breve. De los sesenta jueces, sólo dos, Nicodemo y José de Arimatea, votaron en favor de Jesús. La historia los bendecirá eternamente.

En cuanto á la venta vil, fué más laboriosa; hubo largo regateo entre la demanda y la oferta, conviniéndose, al fin en dar á Judas 30 ciclos de plata, precio inferior al de la compra de un esclavo.

El JUEVES SANTO recuerda la última Cena de Jesús y la institución del adorable Sacramento de la Sagrada Eucaristía. En esta Cena memorable hizo el Salvador su testamento sublime, el testamento de su sangre, de su cuerpo, y de su vida, quedándose para siempre entre nosotros, en tan augusto Sacramento.

La escena que describen los Evangelistas es conmovedora, tierna é interesante. En ella Jesús se despide de sus discípulos para otra vida superior en el Reino de su Padre Celestial. Todos lloran, todos menos uno: es Judas Iscariote que devorada su alma por la traición no tiene lágrimas para sus ojos, y abandona ciego de odio la sala para preparar la entrega del Divino Maestro.



San Juan Evangelista.

JUAN, hermano menor de Santiago é hijo del Zebedeo y de la piadosa María Salomé, es, si no el primer discípulo de Jesucristo, sí el amado con mayor ternura.

Los evangelios dan á entender que Juan era casi un niño cuando se decidió á seguir al Maestro, y no más que un mozo cuando Jesucristo fué crucificado.

Con sus ojos divinos vió el Redentor en la juventud de Juan lo que éste habia de ser en su larguísima existencia: el gran poeta de la propaganda cristiana, así como San Pablo fué el gran orador.



JESUS NAZARENO

«SED TENGO!»

Pendiente de la Cruz, escarnecido, por los delitos del linaje humano, en la cumbre del Gólgota, espirante, abre Jesús con ansiedad los labios. Y de su boca sacrosanta brota una palabra, en amoroso raptó; palabra que compendia el gran poema de nuestra redención en el Calvario. «Sed tengo»—dice—con amor inmenso; y aquel pueblo maldito, impío, ingrato, no ve en su ceguera que lo que siente el mártir que se ofrece en holocausto, ¡es la insaciable sed de redimirlo! ¡es el ansia infinita de salvarlo!!

JOSÉ M.^a RODRÍGUEZ GABALDÓN.



La Dolorosa

¡Virgen dolorosísima! Al traer hoy á la memoria estas palabras de Dios en el Exordio: *Dirigid vuestras miradas y obrad segun el ejemplar que os he mostrado en el monte*, alzo mis ojos hasta la cima del monte Calvario, en busca del ejemplar que en él se nos muestra, y al contemplarte allí, al pié de la Cruz, desolada, sumida en un mar de amarguras ante la figura ensangrentada y dolorida de tu Hijo, mi enlutado corazón te consagra sus ayes y las heridas aún abiertas de su piedad filial.

do os aborrece, sabed que antes que á vosotros me ha aborrecido á mí; pero tened confianza, YO HE VENCIDO AL MUNDO.

El VIERNES SANTO es señalado por los libros sagrados como el más santo, el más augusto y el más venerable de todos los días del año. El gran luto de que en él se viste la Iglesia, la profunda tristeza y dolorosa aflicción que embarga todas las almas, es causa de que no se celebren ni aun el santo sacrificio de la Misa y de que el Papa Inocencio I prohibiera la celebración de todo sacramento. Y es, que, en este día, no debe haber corazón más que para sentir y llorar la muerte del Redentor. Su fecha inmortal se escribe sobre el monte Calvario á la luz del Cielo entristecido, eclipsado el astro hermoso del día, rasgado de alto en bajo el velo del gran Templo de Jerusalem y temblado la Tierra.

Los hechos sublimes que en ese día ocurrieron, los guarda la historia como un rico tesoro,

humana, que es el de la pasión y muerte del Redentor, para la salvación del género humano.

Comienza esta Semana sagrada con el DOMINGO DE RAMOS, en que se conmemora la entrada triunfante de Jesús en Jerusalem cinco días antes de su cruenta muerte sobre el triste Gólgota.

Cada uno de los demás días siguientes, recuerdan un episodio memorable de tan grandiosa epopeya.

En el LUNES SANTO se recuerda la *Justicia Divina*, que sólo podía satisfacerse con el cruento sacrificio del Verbo inmolado en el arado de la Cruz, correspondiendo de este modo lo infinito de la víctima con lo infinito de la culpa cometida por el hombre en el Paraiso.

En el MARTES SANTO se recuerdan las últimas profecías hechas por el Redentor antes de morir. Las más interesantes de todas

